

Malón Malón Editores

Los fuegos de Orc

Antología de poesía y ciencia ficción

Selección y prólogo

Marcelo Díaz y Patricio Foglia

Ilustración

Paula Duró

Diseño

Ricardo Penney

Los fuegos de Orc : antología de poesía y ciencia ficción / Patricio Foglia ... [et.al.] ; compilado por Patricio Foglia y Marcelo Díaz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Malón Malón Editores, 2015.

E-Book.

ISBN 978-987-33-7141-7

1. Literatura Argentina. 2. Poesía. 3. Narrativa. I. Foglia, Patricio II. Foglia, Patricio, comp. III. Díaz, Marcelo, comp.

CDD A860

Fecha de catalogación: 26/03/2015

Ilustración de tapa: "La ramita", de Paula Duró.

Diseño de tapa: Ricardo Penney.



Los fuegos de Orc: Antología de poesía y ciencia ficción, compilación de Marcelo Díaz y Patricio Foglia, se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Armado, diseño y edición electrónica:

Buenos Aires, marzo de 2015

Índice

Manual de instrucciones. **Marcelo Díaz**

Argentinos en la luna. **Patricio Foglia**

Javier Adúriz. Replicante

Alfredo Veiravé. Mi casa es una parte del universo

Mariana Suozzo. Mark en el espacio

Jonás Gómez. Venga a nosotros el reino de las estrellas

Germán Arens. Palabras del director de la Asociación Física Argentina al investigador Pablo Rebich en rechazo a su proyecto “La Máquina del Tiempo”

Hernán La Greca. Flecha Verde

Eric Schierloh. Donnie Darko

Javier Roldán. Gravedad

Manuel Podestá. Escriben los alienígenas

Laura Wittner. Lo luminoso que se ve de noche

Andi Nachón. La III Guerra Mundial

Carlos Battilana. Búfalos

Irene Gruss. Gravedad, en 3D

Paula Jiménez España. Lucas

Hernán Schillagi. la última espera y el espacio exterior

Rocío Macarena. aura iris policromo

Mario Ortiz. Cuadernos de lengua y literatura VIII

Autores y obras.

Manual de instrucciones

Los géneros literarios —y esto ya lo explicó Derrida— se contaminan en tanto que no existen los géneros puros concebidos de manera aséptica. Podríamos pensar que si existe la poesía como género, la misma estaría atravesada por múltiples prácticas de la escritura provenientes de otros espacios de la cultura. No es que la poesía se apropie de un paisaje o de un tema relacionado con la *s.f.* Es más complejo: son lecturas y escrituras que se alternan en un juego de diferencias y en ese juego de diferencias activan sentidos que bordean el universo de la *s.f.* y lo resignifican.

Por ejemplo, extraño es el caso de Stanislaw Lem (en *Un valor imaginario*, 1973) donde las bacterias disponen de un lenguaje propio y con ese lenguaje son capaces de formular poemas como si la poesía fuese el resultado de una combinación de sustancias químico-físicas traducida en un idioma microscópico y casi invisible. Llama la atención William Gibson (en *Burning Chrome*, 1986) con enunciados como “todo se convirtió en estática fría y gris, en un interminable poema tonal en un lenguaje artificial” o, si no, con *Agrippa* (1992) un libro de poemas pensado en relación a una plataforma digital en la época de oro de los *floppy disks* que integra una iconografía proveniente del campo científico —secuencias de adn, códigos genéticos— y además tiene la particularidad de autodestruirse después de una primera lectura.

No sorprende a estas alturas que existan en la red programas de escritura en los que se transforman textos de J. G. Ballard en poemas, sólo versificando fragmentos de sus narraciones, y que esas versiones nuevas funcionen sin presentar resistencias de ningún tipo a los nuevos lectores. Podríamos preguntarnos en sintonía: ¿acaso no hay una invitación para pensar en las condiciones para definir qué es la poesía en aquellos extensos monólogos de Los Vogones de Adam Douglas en *Guía del autoestopista intergaláctico* (1979)?, ¿o acaso no hay un puente, y a la vez un corrimiento de escrituras, entre las traducciones mutuas de Ursula K. Leguin y Diana Bellesi en *Gemelas del sueño* (1998)?

Daniel Link, no estaría de más recordarlo, considera que hablar sobre géneros literarios es bastante más que hablar de literatura, ya que sus elementos están presentes en películas, series, *comics*, amparados por una especie de *mainstream*. Puestos en contexto, desde el marco científico-tecnológico propio del mundo contemporáneo, los textos seleccionados estarían tramando un diálogo entre la racionalidad y la técnica pero desde una voz singular difícil de interpretar y de localizar. Así, la poesía nos brindaría indicios acerca del modo en que una sociedad se imagina a sí misma en una especie de estado de imaginación colectiva.

No es nuestra intención armar un glosario con significados precisos de cada expresión que proponemos. Tampoco formular las reglas de una taxonomía cerrada que no admita ninguna forma de diferencia. De retomar a Wittgenstein, diríamos que si hay juegos de lenguaje con sus reglas específicas, los mismos se mezclarían y sus reglamentaciones circunstancialmente se disolverían.

En el prólogo del libro de cuentos *Historia de las pulgas que viajaron a la luna* (de Kobo Abbe, 2013) Gregory Zambrano revisa el término “poéticas de la ficción científica”. De esta forma, la distinción entre los universos de la ficción, la ciencia y la poesía quedaría disuelta dentro de un espacio común. Habría que borrar el nexo (y) en tanto que no son convenciones que operen en planos separados sino más bien entidades que se cruzan y que se articulan hacia el interior de sus propias fronteras.

A la manera de Tomás Eloy Porta o de Diedrich Dierichsen, la ciencia ficción ha ocupado un lugar fundamental al momento de reconstruir (o construir) el *zeitgeist* de una época, desde el salto y consolidación del *pulp* en los años 50 y 60, o el modo en que leemos los años 80 y 90 mediados por el *cyberpunk*. Restaría preguntarse en esa dirección qué lugar ocupa hoy en nuestra lengua y en nuestras coordenadas puntuales la *s.f.* sin perder de vista que si afirmamos que existe una cultura de *s.f.*, ésta no sería subalterna o marginal, más bien estaría presente de manera casi hegemónica como una instancia de agenciamiento y de organización de programas narrativos y estéticos en forma simultánea en diferentes espacios de la industria del entretenimiento. Los poemas que abordamos, y eso se podría estudiar en el tiempo, interactuarían desde los márgenes con elementos que provienen de una dimensión cultural muy significativa y visible en nuestra vida pública.

La selección que sigue a continuación es un ejemplo acerca de cómo se puede realizar un corrimiento con respecto a las expectativas que tenemos como lectores y de cómo se pueden combinar diferentes prácticas de escritura que tienen orígenes en principio disímiles. Hay elementos recurrentes en los textos elegidos, representaciones que ad-

quieren prácticamente una entidad simbólica: mapas de estrellas, ucronías, futuros apocalípticos, astronautas y superhéroes, todos en una misma constelación en continuo movimiento hacia nadie sabe dónde.

Marcelo Díaz

Córdoba, marzo de 2015

Argentinos en la luna

Ese era el título de una antología de finales de los sesenta. *Argentinos en la luna*. Tenía cuentos increíbles, me acuerdo de uno de Oesterheld, que se llamaba “Un extraño planeta... planeta... planeta”.

Argentinxs en la luna

Un extraño planeta... planeta... planeta

Podrían perfectamente haber sido los títulos de esta selección. Después de todo y a simple vista, cualquier antología es un extraño planeta. Más aún si se trata de una antología de poesía y ciencia ficción, para colmo argentina y contemporánea. Eso ya es más raro todavía, como un argentino en el espacio sideral o un cosmonauta del conurbano, como un marciano, en la fila del supermercado de la vuelta.

Poesía y Ciencia Ficción. Dos géneros, al parecer, distantes y contrapuestos, pero ¿hasta qué punto es cierto eso? Ahí está *Odisea*, con sus cíclopes y con Circe, en el inicio de los tiempos o un poco más acá el mismísimo Walt Whitman y Allen Ginsberg y sus *Cantos cósmicos* o, si no, las profecías ignífugas de William Blake. Justamente de Blake tomamos nuestro título. Pero no de cualquier modo: *Orc*, el dios rebelde de su mitología personal, tiene la fuerza de un planeta ardiente y es también una cita de *Blade Runner* que es a su vez también una cita de un poema de Javier Adúriz (poema que, si me permiten, es uno de mis favoritos).

¿Cuál es la frontera de lo que es y no es poesía?, ¿la determina un destacamento de gendarmería, parapetado para la ocasión?, ¿la determina una cátedra de Puán?, ¿un taller de escritura creativa?, ¿cada lector?, ¿el azar?

Y esa frontera, ¿es una discusión acerca de la relación insatisfactoria entre las palabras y las cosas?, ¿está marcada por imágenes, hermosas o desesperantes, o por el canto de la Angustia y la Ansiedad de los Tiempos?

No tengo la menor idea, pero contamos con una serie de respuestas posibles: la poesía como un superhéroe olvidado, en la mirada verde de Hernán La Greca; la poesía como astronautas flotando en la nada, como quieren, cada quien a su modo particular, Irene Gruss, Javier Roldán, Jonás Gómez, Paula Jiménez y Mariana Suozzo; la poesía como los búfalos distópicos que abrevan del tiempo inmemorial de Carlos Battilana; o, si no, la poesía como un auto, un simple auto que viaja por el Sur y desata la Tercera Guerra Mundial en el centro de la casa de Andi Nachón; o bien otra casa, que es parte del universo de Alfredo Veiravé; o la escritura alienígena de Manuel Podestá; o lo luminoso que de noche ven los ojos luminosos de Laura Wittner; o la mirada lunar de Rocío Macarena; o la piedad y la paranoia del extraño conejo de Eric Schierloh; o los artefactos al caer la tarde de Mario Ortiz; o una nave comandada por Germán Arens, la misma nave en la que todos los poemas del mundo escapan de las clasificaciones.

Cualquier antología es una constelación. De todas las estrellas que titilan en el firmamento, la mirada situada hace un recorte. ¿Qué significa, entonces, una antología? No sé, pero ¿qué significaba para los griegos detenerse a admirar el cinturón de Orión?, ¿qué significa para nosotros ahora? Tampoco sé, pero agradezco la suerte de una noche despejada, irme de viaje y desde el micro poder ver las estrellas, volver a mi infancia, quedarme colgado mirando el cielo, un satélite, un planeta, un sol, puntos blancos en mi noche oscura, con su extraña luz errante, que viaja desde millones de años luz de distancia directo hasta mis ojos. Como cada vez que alguien lee poesía. Como cada vez que alguien lee poesía, en la soledad del campo y de la noche, al amparo de la luna llena.

Patricio Foglia

Buenos Aires, marzo de 2015

Replicante

We talk about memories
Blade Runner

Cuántos saltos y saltos
sin poner una coma
subir por escaleras
mientras hubo ascensor
reconocer por fotos
desayunar con chinos
hasta encontrar un dios
aquí aunque no existe.
Y este llanto continuo
de lluvia torrencial
faltando poco o nada
tu recuerdo en el aire
con el duro zumbido
de los fuegos de Orc.

Javier Adúriz (Buenos Aires, 1948 - 2011): "Replicante", en *Poesía completa* (Ediciones del Dock, 2014).

Mi casa es una parte del universo

Los que la vieron dicen que la tierra
es una esfera en el espacio, un planeta
más bien pequeño
del tamaño del dedo pulgar de los astronautas.
Yo no lo dudo porque he visto fotografías
y porque ahora estoy a casi medio planeta de mi casa.
Lo mejor de todo esto es que en ese pulgar
también mi casa es una parte del universo.
Cómo no serlo si en el patio del fondo
hay un filodendro de gigantes hojas y también gusanos bajo
la tierra
aptos para la pesca, y ahora que me acuerdo
el olor de los helechos contra la pared
la cara de Delfina o Federico entre los árboles
y aquel canario que se nos voló de noche.

Alfredo Veiravé (Gualeguay, Entre Ríos, 1928 - Resistencia, Chaco, 1991): “Mi casa es una parte del universo”, en *Cazador de signos: Antología esencial de poesía* (Universidad Nacional de Mar del Plata, 2012).

Mark en el espacio

I

si en medio de la noche se dispersa el humo
y en la cama hay bichos bolita
o en el sueño arañas, si encendés la luz
y todas las habitaciones de la nave permanecen oscuras
el incendio puede pasar desapercibido
en la luz de otros fuegos
porque en el sueño hubo bichos y en la cama arañas
y muchas veces encendiste la luz y todo permaneció oscuro
pero nunca algo en tu habitación ardió
entonces te desplomás como un fruto maduro sobre la cama
sumido en vaya a saber qué sueño sordo
y un poema increíble comienza a crecer en el pelo
se enreda cubriéndote por completo el cuerpo
y de pronto se hace el día y otra vez la noche
y luego el día y la noche sucesivamente, sin pausas
te ves como un astronauta espiando por la escotilla
la mirada fija en nada ¿quién otro ibas a ser?
¿el hombre araña? ¿la chica de la boletería?
fruncís el ceño, torcés los ojos y te das cuenta:
la alegría es una cosa extraña
en tu paseo por el espacio le escribís a tu amante
que continuás sintiéndote terriblemente solo.

II

te reconocés como el astronauta que mira por la escotilla
pero ya no mirás fijamente la nada
suspendido en una burbuja que contiene la visión de tu vida en colores
entonces ves cómo pasabas los días antes de emprender el viaje:
tirado en la cama convirtiéndote en un parásito de la televisión
tus amigos pensaban que habías vuelto a la heroína
pero vos mirabas, casi al pasar, las noticias dejándote persuadir
por ese concurso increíble; te anotaste con la poca fuerza que tenías
y al levantarte de la cama te dirigiste a la otra habitación
para imprimir desde Internet las bases del concurso
completaste algunos formularios
y resolviste con gran soltura el ítem que te llevaría de paseo
de pronto eras ideal para ser enviado al espacio y quedaste seleccionado
ellos mandaron un auto negro y brillante a recogerte
el viaje era inminente
conociste a tus compañeros y todos estaban preparados
pero vos no paraste de hablar (traicionado por los nervios)
y comentario tras comentario fuiste quedando como un idiota
pero el traje te sentaba bien y te movías por la nave con gran habilidad
mientras los demás tenían claramente trazada su misión
vos te mostrabas muy ocupado en pequeñas cosas sin importancia
entonces la descubriste

tu misión había sido siempre la misma:
dirigirte de un punto a otro del espacio sin saber por qué.

Mariana Suozzo (Buenos Aires, 1982): “Mark en el espacio”, en *Mark en el espacio* (Huesos de Jibia, 2007).

De Venga a nosotros el reino de las estrellas

Antes de extraviarse
el astronauta mencionó a Dios
y después dijo: este lugar está lleno de estrellas.

En el momento era un hombre en traje de la NASA
sostenido por un cable
a la nave
que lo había llevado a esa región del espacio exterior.

El evento no volvió a repetirse
fue único en su especie
catalogado como extraordinario.

Diez años después
el astronauta reapareció.
El rostro
hablaba desde un televisor en la casa de su esposa.

Jonás Gómez (Buenos Aires, 1977): fragmento de la serie *Venga a nosotros el reino de las estrellas* (El Ojo de Mármol, de próxima edición).

Palabras del director de la Asociación Física Argentina al investigador Pablo Rebich en rechazo a su proyecto “La Máquina del Tiempo”

Y aunque me pregunté qué es el tiempo,
no sé siquiera si existe.
Un antes y un después, originaron la idea
de ese posible viaje investigado ya por Gott y Mallet...
investigadores cuyas propuestas,
entre las de tantos, incluso la suya,
han fracasado por ausencia de ingeniería o presupuesto.
Fascinación de la mente científica que le dicen.
El mundo está determinado por estados anteriores, Pablo...
cambiar uno de ellos, propaga consecuencias hacia el presente.
En informática, si tenemos un flujo de datos en curso
dentro de un sistema programado
y regresamos a un estado anterior
en el intento de modificar el contenido,
ocurrirá una excepción que detendrá el proceso.
No hay una dimensión
donde la materia esté vibrando y fluyendo
en disposición orgánica biológica.
Sabemos, por relojes atómicos,
que a la velocidad de un avión
la dilatación del tiempo es de un nanosegundo;
también de la captura de Burakito
por la policía riocoloradense,
él dice venir del año 2357, un caso interesante.
Su proyecto estimado Pablo,

mezcla verdades con suposiciones.

Por lo tanto: Hemos determinado
en conjunto con el cuerpo de investigadores
de nuestra institución,
no otorgarle el financiamiento requerido.

En lo inmediato, la posibilidad
de presenciar largas colas
en las agencias de turismo
demandando viajes al jurásico
queda en suspenso.

De todas maneras, Pablo, muchas gracias.
Tenga usted muy buenos días.

Germán Arens (Bahía Blanca, Buenos Aires, 1967): “Palabras del director de la Asociación Física Argentina al investigador Pablo Rebich en rechazo a su proyecto 'La Máquina del Tiempo'”, en *En una nave comandada por Enrique unos pocos hombres abandonamos la Tierra* (Ediciones Vox, 2011).

Flecha Verde

No tengo don, carezco de toda
habilidad, mi arte —se sabe—
es disciplina. Nada me ha tocado.
Del amor no obtuve sino el vano
trébol de la tierra; y del mar,
el caracol fallado.

No soy como los otros. Ni alado
ni dueño de esa fuerza que viene
no sé de dónde. Soy
arquero. Un vestido, un corazón,
una manzana. Mi arma atraviesa
las pequeñas cosas del mundo.

Soy el que al caer la tarde
se interna en el bosque encantado,
toca la áspera madera de los pinos y cruza,
con el frío acero de la flecha,
los nombres encerrados
en el corazón de la corteza.

Es de noche. Está todo oscuro. Mis flechas
han perdido el rumbo. Llevo
la última en la espalda. Tenso el arco, el canto
de la cuerda en el oído. No se oye nada. Sólo

las crujientes hojas del bosque, el batir
extraordinario de unas alas. Ya se ha ido. Ya
avanza por la noche, por el brillante día, la flecha
que no tiene blanco.

Hernán La Greca (Buenos Aires, 1968): “Flecha Verde”, en *La fuerza* (Bajo la Luna Nueva, 2011).

Donnie Darko

A veces me siento como D.D.
pero al revés: porque la voz de ultratumba de Frank
no me dice lo que debo hacer
sino que más bien es mi conciencia
la que pregunta a otra voz:
¿qué es lo que debo yo hacer?

Eric Schierloh (La Plata, Buenos Aires, 1981): "Donnie Darko", en *Frío en las regiones equinocciales* (Barba de Abejas, 2014).

Gravedad

a Sandra

Te llamo por teléfono.
Te pregunto cómo te fue en las vacaciones.

Te llamo para decirte:
"Houston, me copia?".

Me contás
que corriste por la costanera
mirando de a ratos el mar
que fuiste a dos fiestas aburridas
que viste una película en el cine del shopping.

Te pregunto:
"Houston, me copia?".

Me hablás
de la falta de oxígeno,
del cordón de asteroides de chatarra
sofisticada y tecnológica
que rodea a nuestro planeta.

Y mientras te escucho
puedo vernos
suspendidos en el infinito
en nuestros blancos trajes espaciales.

Nos veo a ambos
con un fondo de millones de estrellas
intentando reparar
la nave espacial que nos llevó hasta allí,
hasta el punto exacto en el que orbitamos.

Pero si bien es doloroso saber imposible
el retorno de ambos a la tierra,
podemos detenernos y mirar
desde afuera
desde lejos
esa esfera que fue nuestro hogar
durante todos estos años.

“Qué es lo que más te gustó de estar acá conmigo?” te pregunto.
“El silencio” decís “vos me enseñaste a disfrutar del silencio”.

Y cuando estoy por responderte
que tus ojos son la superficie
en la que he visto más galaxias reflejarse,
la voz metálica de Houston resuena en mi escafandra:
“Recuerden que tienen un problema”.

Entonces bajo la vista
y veo que el problema es esta cuerda
que aún nos mantiene unidos
de traje espacial a traje espacial
y que se resiste a ser cortada,
más allá de cometas
más allá del agua congelada en los polos de la luna.

Te digo:
“Houston, me copia?”.

Y mirando a miles de kilómetros de distancia
el ganges
la muralla china
 el río de la plata,
me decido y llevo mi mano al gancho
que une la cuerda a mi cuerpo
y lo abro

... tus pupilas se dilatan...

Porque quién quiere ser el primer astronauta
en perderse para siempre
solo
en el infinito del cosmos?

quién quiere quedarse
aunque sea
por unos minutos de años luz
sin interlocutor estelar?

 Intento calmarte y explicarte el plan
 que nos permitirá
un aterrizaje feliz y definitivo.

Pero se produce un silencio de radio.
Y pasados unos segundos
escucho tu voz en el teléfono
diciéndome
 que estás resolviendo un problema laboral
que no podés seguir hablando
que más tarde me llamás
más a la noche
 y cortás.

Me decís:

“Houston, cambio y fuera”.

Y así quedo

de este lado de la línea telefónica

todavía enganchado

por esta cuerda plateada y resistente

a la que el reflejo de la aurora boreal

vuelve engañosamente tornasolada.

Javier Roldán (Merlo Gómez, Buenos Aires, 1975): “Gravedad” (poema inédito).

Escriben los alienígenas

Viajamos a 106.000 kilómetros por hora
y nos encontramos con campos llenos de plantas verdes.
Intentamos enfriar el metal de la nave
sobre un estanque en las afueras de una ciudad
de construcciones antiguas.
Un automóvil detuvo su marcha
y en su interior una terrestre morocha de tetas gigantes
activa un aparato transmisor de voces,
mientras el acompañante sueña con la niñera de sus hijos.
Más tarde, dos reporteros gráficos
envían una cinta con nuestros movimientos por el cielo.
Nos vemos bien.

Manuel Podestá (La Paz, Entre Ríos, 1984): “Escriben los alienígenas”, en *El día perfecto de la tierra será el último de todos* (Gigante, 2012).

Lo luminoso que se ve de noche

En las épocas míticas salía sola de noche:
salía al patiecito y pisando la maceta
trepaba hasta la medianera y me sentaba
a interrogar los cielos desde lo más profundo
del corazón de Villa Crespo. Porque si antes
las estrellas señalaban el camino en el mar
tal vez ahora esta galaxia de neones,
resplandores de hielo, ventanucos de baño,
rayos móviles provenientes de ferias,
la cautivante sincronización
de las luces de pasillos de edificios
pudiera sugerirnos variar unos centímetros
el recorrido, a ver dónde llegamos.

Un helicóptero en un cielo negro
es su luz blanca y su sonido jadeante.
No por urbana la luna es menos poderosa.
Últimamente veo desde mi balcón
algo como una grúa inmensa,
una viga infernal que, paralela al cielo,
se encaja entre edificios altos
como dispuesta a rearmar el panorama,
delimitada por dos luces fatuas:
punto rojo en un extremo, y en el otro
la extrañeza hecha luz: un rectángulo verde
fluorescente, imposible de entender: de día

parece una pantalla que proyecta
en continuado y para nadie, y de noche
refulge en el centro de su hueco
evocando desplazamientos mudos
que hablan de lo difícil que es fijar impresiones.
Refulge desde allí como un dios verde
de Philip Dick, con resabios de Lem.

Laura Wittner (Buenos Aires, 1967): “Lo luminoso que se ve de noche”, en revista virtual *Luvina*.

De La III Guerra Mundial

Liebres. Un bólido paralelo al auto y nosotros
en la cápsula anaranjada cercados

el horizonte resulta imposible, entonces
liebres encandiladas
llegando a Los Altares. Y antes el mar
acantilados
nada dicen del polvo, las horas gastadas
sobre el conteo de aves rapaces y picos curvos, poco más.

Un punto
De llegada tras otro: Paso de los Sapos, antes Pirámides
mucho antes San Antonio. "Cuando todo explote aquí

habrá solaz, jornadas vacías de la Patagonia
harán nuestro refugio
porque el norte se calcinará", así razona él

el hermano que todavía cree
en algún tipo de justicia, entre tanto

cada vacación una puesta en escena
de la huida. Cartas de navegación y duraznos

mascados en el apuro con que el chevy avanza. Ningún arrebato

cruza la desmesura del paisaje. El hermano mayor
busca huellas, signos

como todo buen explorador traza caminos
sostenidos por su fe. El resto
arrebataados
sólo seguimos sus pasos. Liebres
siempre equidistantes, sin lograr un punto fijo.

Andi Nachón (Buenos Aires, 1970): fragmento de *La III Guerra Mundial* (Bajo la Luna, 2013).

Búfalos

Pesados como las piedras de este lugar en Invierno, el Mar del Sur parece el último puerto del Atlántico. Un domingo a la mañana, por junio, alguien oficia misa, y mecemos las olas, juntos, en derredor, como un conjunto de búfalos atribulados por el viento y los cazadores de hace 1000 años. La línea de la playa fagocita todos nuestros días, los pasados y los que están por venir, y en ese presente pleno comulgan los oriundos del lugar como lo hacen los árboles, o las plantas, o nuestra pequeña voluntad.

Carlos Battilana (Paso de los Libres, Corrientes, 1964): “Búfalos”, en *Narración* (Conejos, 2013).

Gravedad, en 3D

No hay daño, no hay falla.

Flota hacia mí una burbuja artificial,
creo que se me viene encima esa falta de
gravedad.

No hay gravedad en el espacio, por eso flota una mujer triste,
se le escapa la tenaza que flota hacia mí como la burbuja y ahora otro efecto y otro
más

la mujer triste rescata la tenaza,

nada la asombra, ni el sol asomándose en el Ganges, salvo el silencio en el espacio,
quiere dejarse ir flotando, dejarse morir, en tierra

ella se estrellaba una y otra vez en el simulador, pero no hay daño, no hay falla, consigue
manejar la nave que flota porque no hay
gravedad,

la mujer triste se salva y vuelve a tierra.

Irene Gruss (Buenos Aires, 1950): "Gravedad, en 3D", en el [blog](#) personal de la autora.

Lucas

III

voy a gritar cuanto sea necesario voy a pararme
en tu mesa de luz sobre tus libros voy a bailar
pisando tus papeles y a estirar mis brazos
como si estuviera en el mar pero hacia arriba
señalando la lámpara el ventilador de techo
la terraza el campanario de la iglesia las palomas
y más arriba, más, donde nos miran
los muertos convertidos en estrellas

V

yo quiero ir al mar y al espacio sideral
donde es de noche siempre
y el traje se infla y se desinfla
la cabeza escondida en su burbuja
mientras salto sobre un colchón de aire,
en plena elevación un astronauta
le da la mano a otro con blandura,
sin esta pesadez de unos ladrillos
tan firmes que podrían derrumbarse

VIII

arriba es todo igual pero me gusta,
si tengo sueño apago el velador
entra la luna en la cabina oscura
y clarea los contornos del volante
los botones del tablero las pantallas,
afuera los planetas siguen de largo
y se ven por la ventana

IX

toda la tierra es chica a comparar
con esta noche larga del espacio,
olas gigantes entran por los ojos
y el empujón voltea
en la parte profunda o en la orilla
si toco el suelo, el suelo
es siempre arena

X

infinita es la arena, no se gasta
aunque la usemos para hacer castillos
o el tiempo la convierta en piedra,
pedacito de estrella que se apaga
y mil años después cae a la tierra.

Paula Jiménez España (Buenos Aires, 1969): "Lucas", en *Espacios naturales* (Bajo la Luna, 2009).

la última espera

a veces cuando preguntaba
sobre esos puntos de luz
que aparecen sin orden con la noche y los grillos
a veces cuando mi voz temblaba oscura
bajo el cielo de noviembre
mi padre a veces sabía contarme
que los astros eran una nave lejanas
que atravesaban los canales de la galaxia
para decirnos sin más que la espera tenía un fin
que no éramos los únicos luego del estallido primero
ese que nadie se atrevió a escuchar
miles de naves espaciales aproximándose
con esa lentitud que tiene el viento
para darle forma a las rocas

pero a veces cuando las preguntas
comenzaban a caer de mi boca de niño
como esas estrellas que portan un fugaz deseo
mi padre elegía cerrarse en el silencio
hasta hacerlo crecer entre las nubes
entonces el planeta suma de océanos y de tierra
se perdía para siempre en el barro de su soledad

el espacio exterior

buscamos sin suerte la cruz del sur en el verano
de un patio de provincia aparecen así las palabras
“meridiano” “coordenadas” “círculo polar” “astrolabio”
en fin navegantes telúricos de los doce tomos de la enciclopedia salvat
que le hablan a la noche como a esas latas de conserva perforadas
con un hilo anudado en el fondo para que del otro extremo
alguien reciba los temblores de nuestra desorientación
los errores sin límites que traspasan la resistencia de la atmósfera
y llegan hasta el vacío más lejano y secreto

mientras sobre la parrilla dos pedazos de carne
lanzan señales de humo hacia el firmamento
y esperan la dentellada certera que los haga desaparecer
de la apacible faz de la tierra

Hernán Schillagi (San Martín, Mendoza, 1976): “la última espera” y “el espacio exterior”, en *Ciencia ficción* (Libros de Piedra Infinita, 2014).

aura iris policromo

están parados esperando un colectivo
mirando hacia arriba y señalando
una luna incompleta todavía
una luna cuarto creciente

discuten los colores que se forman
alrededor de su brillo
 como una especie de aura multicolor
él dice que es un aura
 ella un arcoiris
de pronto él se queda fascinado
por la enorme mancha negra de la luna
se imagina caminando entre valles y montañas
 sueña con estar allá
aunque también se siente dichoso
al poder ver desde tan lejos
el comienzo y el fin
del horizonte lunar

se los ve divertidos
 con tantas ocurrencias
ríen, sí
y su amor es más grande
 que el de todos los amantes
(porque no son amantes

sino amigos
y ese es quizá el amor más grande
al que un terrícola puede aspirar)

antes de que venga el colectivo
dirán muchos más disparates
inventarán códigos
se imaginarán en el futuro
viajando de nuevo a casa
en una nave espacial.

Rocío Macarena (Buenos Aires, 1985): “aura iris policromo” (poema inédito).

De Cuadernos de lengua y literatura VIII

Los aparatos que dibujaba sobre hojas borrador podían conectarse con otros módulos similares y formaban un enorme laboratorio. Algunas veces lo diseñaba visto desde afuera: era una construcción cúbica y sin ventanas; sobre el techo había una cúpula corrediza de la que invariablemente emergía un telescopio. En el frente, una puerta que remataba en un cartel en letras mayúsculas que anunciaba LABORATORIO. Por supuesto, adentro había un científico loco realizando temibles experimentos.

Si mis computadoras imitaban a las de las series que a su vez se inspiraban en la ENIAC, esa forma de laboratorio copiaba el modelo de alguno que también vi en los dibujos animados. No recuerdo cuál, aunque tengo una vaga idea que se trataba del que tenía el Profesor Neurus.

La idea del científico desquiciado cuyos experimentos suponen un peligro para la humanidad es un lugar común cuyo antecedente más prestigioso es el doctor Víctor Frankenstein. Por su parte, el profesor Neurus que quiere dominar a Trulalá descende de Robur el Conquistador en la novela *El amo del mundo* de Julio Verne.

Ese genio encerrado en su gabinete se entrega a una actividad mental incesante y agotadora que se materializa en un desorden de papeles cubiertos de cálculos que desbordan como una catarata desde el escritorio, se prolongan hasta un pizarrón garabateado de tiza blanca y se entremezclan con tubos de ensayo y probetas con líquidos burbujeantes, cables y máquinas.

El Túnel del Tiempo estaba escondido a decenas de metros bajo la arena del desierto de Arizona.

Cuando el viejo ya no podía subirse a la escalera para quitar los racimos de uva o podar la parra, me llamaba por teléfono. “Y sí, como te podrás imaginar, te voy a afanar algo —escribí también en el volumen V—. No te va a salir gratis el trabajito. Te lo estoy avisando. Después de podar, voy a ir a la habitación del patio, voy a revisar hasta el fondo los cajones del escritorio, pero en absoluto silencio, para que no te des cuenta. Por esta vez, voy a dejar algunas fotos a un costado, apiladas junto a algunas hojas dobladas en dos pliegos... Para cuando tengas el mate preparado en la cocina, ya me habré agenciado el cuadernillo del tío. Lo preciso para completar unos trabajos”.

Ese era el cuadernillo de tipografías.

Pero aquella habitación del patio ya no existe más.

Y la casa tampoco.

Mario Ortiz (Bahía Blanca, 1965): fragmentos de *Cuadernos de lengua y literatura VIII* (Eterna Cadencia, 2014).

Autores y obras

Javier Adúriz (Buenos Aires, 1948 - 2011): “Replicante”, en *Poesía completa* (Ediciones del Dock, 2014).

Alfredo Veiravé (Guauguay, Entre Ríos, 1928 - Resistencia, Chaco, 1991): “Mi casa es una parte del universo”, en *Cazador de signos: Antología esencial de poesía* (Universidad Nacional de Mar del Plata, 2012).

Mariana Suozzo (Buenos Aires, 1982): “Mark en el espacio”, en *Mark en el espacio* (Huesos de Jibia, 2007).

Jonás Gómez (Buenos Aires, 1977): fragmento de la serie *Venga a nosotros el reino de las estrellas* (El Ojo de Mármol, de próxima edición).

Germán Arens (Bahía Blanca, Buenos Aires, 1967): “Palabras del director de la Asociación Física Argentina al investigador Pablo Rebich en rechazo a su proyecto 'La Máquina del Tiempo'”, en *En una nave comandada por Enrique unos pocos hombres abandonamos la Tierra* (Ediciones Vox, 2011).

Hernán La Greca (Buenos Aires, 1968): “Flecha Verde”, en *La fuerza* (Bajo la Luna Nueva, 2011).

Eric Schierloh (La Plata, Buenos Aires, 1981): “Donnie Darko”, en *Frío en las regiones equinocciales* (Barba de Abejas, 2014).

Javier Roldán (Merlo Gómez, Buenos Aires, 1975): “Gravedad” (poema inédito).

Manuel Podestá (La Paz, Entre Ríos, 1984): “Escriben los alienígenas”, en *El día perfecto de la tierra será el último de todos* (Gigante, 2012).

Laura Wittner (Buenos Aires, 1967): “Lo luminoso que se ve de noche”, en revista virtual *Luvina*.

Andi Nachón (Buenos Aires, 1970): fragmento de *La III Guerra Mundial* (Bajo la Luna, 2013).

Carlos Battilana (Paso de los Libres, Corrientes, 1964): “Búfalos”, en *Narración* (Conejos, 2013).

Irene Gruss (Buenos Aires, 1950): “Gravedad, en 3D”, en el *blog* personal de la autora.

Paula Jiménez España (Buenos Aires, 1969): “Lucas”, en *Espacios naturales* (Bajo la Luna, 2009).

Hernán Schillagi (San Martín, Mendoza, 1976): “la última espera” y “el espacio exterior”, en *Ciencia ficción* (Libros de Piedra Infinita, 2014).

Rocío Macarena (Buenos Aires, 1985): “aura iris policromo” (poema inédito).

Mario Ortiz (Bahía Blanca, 1965): fragmentos de *Cuadernos de lengua y literatura VIII* (Eterna Cadencia, 2014).